

FREDY PARRA CARRASCO, *Esperanza en la historia. Idea cristiana del tiempo* (Ediciones Alberto Hurtado, Santiago, 2011), 283 pp.

Esta obra del profesor de nuestra facultad, Fredy Parra es el nuevo título —ya el 6º— de la colección dirigida por el Centro Manuel Larraín, de publicaciones teológicas en la perspectiva de “los signos de los tiempos”. Y efectivamente esta obra honra por muchos méritos el estar en esta colección. En primer lugar, y ya el título nos lo sugiere pues se trata de reconocer la esperanza cristiana, la que brilla en *Jesús Muerto-Resucitado que Viene* (281) en las esperanzas operantes en el tiempo. En un estimulante primer capítulo, Parra recoge algunas de las provocaciones que surgen del presente a la conjugación existencial del verbo esperar. Así instalándose decididamente en el tiempo presente, procurando auscultarlo con sensibilidad y hondura, Fredy Parra, discierne las huellas de esa “hijita” o “pequeñita” de “rien de tout” (como decía Charles Péguy): huellas que son tanto más provocadoras puesto que ellas se dejan ver en un tiempo marcado por su fragmentación individualizante y espacialización virtual, por un presentismo de cuño estetizante, por las incertezas ante el por-venir o incluso por la dificultad para constituir un horizonte de espera común para la humanidad.

En segundo lugar, por la ambición de este estudio pues como reza el subtítulo del mismo, se trata de poner ciertas bases de *una idea cristiana del tiempo*. Ello tiene como supuesto que

el acontecimiento cristiano fundante, Jesús muerto y resucitado y ahora viviente entre nosotros, ha puesto su tienda entre nosotros y camina en las rutas de este tiempo. Así la esperanza cristiana no despliega su potencialidad como un trasmundo (“otro mundo”) o como un mero más allá (“otro tiempo”) que debilitaría la densidad del tiempo presente en su devenir y por ende, los compromisos de los seres humanos en el mismo, propiciando así una esperanza como *fuga temporis*. Al contrario, la dinámica encarnacional de la esperanza cristiana manifestada en Jesús, cualifica y enriquece el tiempo presente como tiempo de Dios (*kairos*), como un tiempo visitado o incluso como tiempo-en-Dios o como un tiempo irrigado por el mismo Espíritu de Dios que anima al *Crucificado-resucitado-que-ha de-venir* (281). Dicha pretensión de la idea cristiana del tiempo apunta a otorgar una sabiduría para vivir en el tiempo y particularmente de cara a las experiencias-límites del sufrimiento y la muerte. Para ello, la reflexión sobre el tiempo se funda en una antropología que entiende al ser humano como un ser de deseo y por tanto como un “ser-en-esperanza” (195): “El hombre es un ser de deseo. El deseo es un síntoma de ausencia y motivo de búsqueda y acción. El deseo, la fantasía creadora, la imaginación, nos revelan que el ser humano busca incansablemente el sentido de su vida

superando lo inmediato, y con todo, abriéndose al futuro. Consciente de sus límites, de su finitud, el hombre se capta en el presente como inconcluso, como inacabado, en camino hacia una plenitud ausente, presentida en el claroscuro del presente.”(195) Un capítulo importante de este trabajo de antropología fundamental es también el dedicado al pensamiento de Emmanuel Levinas. Este autor ofrece a Parra un interlocutor importante para pensar concretamente esta apertura, incompletud deseante del ser humano y sobre todo, el encaminamiento hacia una plenitud visibilizada en otro que más que ausente se muestra inabarcable del todo, incompreensible, en el sentido que no se deja reducir ni aprehender en las categorías humanas del conocer o incluso en las del desear. Es el caso del otro que adviene como tal en la experiencia de la fecundidad y filiación, la caricia, la experiencia erótica, expresiones todas ellas del “deseo inalcanzable de lo otro” (111) y de la distancia que permanece entre el deseo y lo que se desea. Por otra parte, estas experiencias —a las que se suma la del sufrimiento— como imposibilidad de separarse del instante de la existencia, como imposibilidad de la nada —o de la muerte— como pasividad o la imposibilidad de un proyecto, el no poder más —se ofrecen como realidades densas desde las cuales “desformalizar el tiempo”— es decir, pensar y vivir el tiempo no como mera categoría *a priori* sino como acontecimiento que transforma lo pensado y al pensante en él.

En tercer lugar, por último, esta obra escrita en perspectiva de los “sig-nos de los tiempos” destaca por la fina sensibilidad con la que Parra no escamotea alguna de las grandes cuestiones que conciernen a la esperanza cristiana. Así por ejemplo, en el contexto de individualización y desintitucionalización de la práctica creyente, subraya la esperanza escatológica que habita a la Iglesia (188s). Para ello recoge una de las intuiciones principales de la eclesiología del Concilio Vaticano II, a saber una Iglesia que se entiende en-el-mundo y, por ende, asumiendo su propia mundanidad e historicidad puede ir comprendiendo ella misma y ofreciendo a los otros, el potencial humanizante de la promesa hecha por el Resucitado: “Yo estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos” (Mt 28,20). En el contexto de las provocaciones al esperar provenientes de la postmodernidad ¿es posible esperar en el futuro y en utopías? (209s) Dicha esperanza supone una actitud activa y audaz de vigilancia en el tiempo que para situarse en él desde lo esperado y desde sus posibles incumplidos, es necesario articular una racionalidad anamnética y un racionalidad utópica que sean capaces de acoger las huellas del Muerto-Resucitado que sigue viniendo en las iniciativas y los proyectos sociales y políticos que contribuyen a la humanización de nuestro mundo. Otro tópico: ¿fe en la resurrección y creencia en la reencarnación? (247s) Si bien hoy estas creencias pueden coexistir en el horizonte de lo esperable de muchos contemporáneos e incluso cristianos, Parra invita a repensar

la resurrección en perspectiva de una antropología holística cuerpo-alma e histórica que toma en serio la experiencia de la muerte como una acontecimiento definitivo. Y teológicamente destaca que el Dios cristiano es el que entra en relación con cada ser humano y con el conjunto de la humanidad: el que funda la esperanza cristiana es Aquel del que Pablo exclama: “que me amó y se entregó a la muerte por mí” (Gal 2,20).

Estos tópicos abren el apetito al lector para que mire *sub specie spei* otros desafíos como los que provienen

de la ciencia física y las nuevas aproximaciones a la historia del tiempo, los de la neurociencia y las nuevas bases posibles del esperar, creer, amar, los de la historicidad del ser humano de cara al conjunto de la creación, toda ella también histórica y gimiente no solo por su anhelo de plenitud, como lo expresa Pablo (Roma 8, 21-25) sino también de dolor por su maltrato y abuso indisciplinado de sus recursos. Esperamos que la lectura de este libro contribuya a que reconozcamos los pasos –si bien pequeños pero ineludables– de la esperanza cristiana en este tiempo que es siempre el nuestro.

*Alberto Toutin*